

nia á terminar la pendiente de la cumbre ocupada por los rusos. Estos, desde lo alto de Gorodeczna, descubrieron muy pronto la marcha de los sajones, y dejando las competentes fuerzas en aquel punto para resistir al príncipe de Schwarzenberg de frente, se replegaron con las restantes sobre el flanco izquierdo para hacer cara al general Reynier. En esta doble línea peleóse todo el día 12.

Vivamente atacó el príncipe de Schwarzenberg á Gorodeczna, pero sin mucha esperanza de ganarla, ocupando los rusos la cumbre con numerosa artillería. Sin embargo, los austriacos portáronse bizarramente, como si trabajaran para sí propios. A la derecha el general Reynier, al desembocar del bosque, halló a los rusos plegados en horea y formando frente así á este lado como al otro. Enérgicos fueron sus esfuerzos para romperlos, pero infructuosos, pues, aun cuando los sajones se batieran como los polacos, á los cuales estaba ligada su suerte, constantemente fueron detenidos por el fuego de una artillería dominante. A su vez, cuando los rusos quisieron arrollarle hácia el bosque, obligóles Reynier á volver á ganar la altura de la cual intentaron descender al pequeño llano.

Todo el día se combatiera estérilmente, si el príncipe de Schwarzenberg no ensayara un ataque hácia el punto intermedio de Podoubie, que daba mas de cerca sobre el flanco izquierdo de los rusos. Juntándose el regimiento austriaco de Colloredo á los cazadores sajones, entraron en el pantano, y metiéndose hasta las rodillas, lo traspusieron y treparon á la cumbre en el instante del mayor empeño entre el general Reynier y los rusos. Estos al verlo, vacilaron y, aprovechándose Reynier de la

coyuntura, acometiélos todavía mas vigorosamente con los sajones y la division austriaca puesta bajo su mando. Así ganó terreno sobre su izquierda, y al mismo tiempo dirigió toda su caballería á la extrema derecha, sobre las espaldas del enemigo, amenazando el camino real de Kobrin con este movimiento. Temiendo ser cortados los rusos, lanzaron su caballería contra la aliada, y despues de diversos lances, les pareció prudente no disputar una posicion difícil de conservar por mas tiempo. Su retirada fué protegida por la noche, que impidió al ejército austro-sajon aprovechar todas sus ventajas. No obstante, suya era incontestablemente la victoria, pues, ademas de la adquisicion de un puesto tan calorosamente disputado y de la conquista del camino de Kobrin, hizo sufrir pérdidas considerables á los rusos. Cerca de dos mil hombres perdieron los sajones y los austriacos entre muertos y heridos: mas del doble perdieron los rusos, entre los cuales se contaron quinientos prisioneros.

Esta jornada, si se sabia sacar partido de ella, facilitaba repeler á los rusos hácia Volhinia, perseguirlos hasta en aquel territorio, ó impedirlos volver de allí cuando menos, salvo si duplicaba sus fuerzas la llegada de las tropas de Turquía. Por de pronto debia calmar los terrores de la Polonia, y bastaba para cubrir nuestro flanco derecho. Al saber Napoleon esta nueva en el momento de su entrada en Esmolensko, experimentó una verdadera alegría, envió al ejército austriaco un donativo de quinientos mil francos, que era el segundo de esta suma, unió á esto un gran número de condecoraciones, y escribió á Viena para que se diera el baston de mariscal al príncipe de Schwarzenberg. Con

todo, imposible era que se forjase ilusiones sobre la fuerza de esta ala, que debía hallarse reducida por la última batalla á treinta y dos ó treinta y tres mil hombres, y rogó á su suegro que los engrosara con tres mil ginetes y seis mil infantes, los cuales, unidos á algunos refuerzos demandados tambien á Varsovia, podrian proporcionar al príncipe de Schwarzenberg un ejército de cuarenta y cinco mil soldados, con inclusion de los sajones. Obstinándose en creer que Tormazoff no tenia mas que treinta mil hombres, juzgaba muy bastante una fuerza de cuarenta y cinco mil para repelerle á Volhinia, y libertar á esta provincia del yugo de Rusia.

Forzosamente cambiaba este suceso la primera resolucion de Napoleon, que era atraer al príncipe de Schwarzenberg al grande ejército, segun los deseos del emperador de Austria y segun sus cálculos personales, pues á los polacos, y no á los austriacos, deseaba fiar la insurreccion de la Volhinia y la custodia de sus espaldas. Pero no era razonable hacer andar ciento veinte leguas por lo menos al príncipe de Schwarzenberg para traerle á Esmolensko, hacer andar otro tanto al príncipe Poniatowski para enviarle desde Esmolensko á Kobrin, paralizar asi durante mas de un mes estos dos cuerpos en el momento mas decisivo de la campaña, condenarlos á perder una cuarta ó una quinta parte de su fuerza efectiva con estas nuevas marchas; y ademas, la conducta de los austriacos en Gorodeczna, su vigor contra los rusos, la cordialidad de sus proceder respectivo de los sajones, merecian alguna confianza. Sin duda no habia que lisonjearse de tenerlos por activos propagadores de la insurreccion polaca en Volhinia, pero, sin echar

cuentas galanas, se podia fiar á su honor el cuidado de guardar nuestra derecha y nuestras espaldas fielmente.

No habian sido menos favorables los sucesos sobre nuestra izquierda á la parte del Dwina. Despues de los reveses causados al conde de Wittgenstein en las jornadas del 24 de julio y del 4.º de agosto, habia retrocedido el mariscal Oudinot, segun se ha visto, hácia Polotsk, á fin de proporcionar á sus tropas descanso, una posicion de fácil defensa y la comodidad de hacer los forrages al amparo del Dwina. Temiendo Napoleon fundadamente el efecto moral de los movimientos retrógrados, y exagerándose los recursos confiados á sus lugartenientes, habia reconvenido al mariscal Oudinot diciéndole que, al retirarse despues de una victoria, tomaba la actitud del vencido, que debiera dejar al conde de Wittgenstein, á quien le correspondia mas justamente. Esta observacion era verdad sin duda, pero lo era mayor todavia que las tropas del mariscal Oudinot estaban extenuadas, reducidas de treinta y ocho mil á veinte mil hombres por las marchas, los calores, la desercion, y que necesitaban la mansion tranquila de Polotsk para descansar y vivir. Napoleon, á fin de reforzar al mariscal Oudinot, le envió los bávaros, que igualmente necesitaban reponerse de los efectos de la fatiga, del calor y de la disenteria. Este cuerpo, reducido por la segregacion de su caballería de veinte y ocho á veinte y cuatro mil hombres, no constaba ya mas que de trece mil de resultas de las enfermedades. Al llegar de Beschenkowicz y á Polotsk no se hallaba en estado de prestar ningun servicio.

No obstante, despues de algunos dias de reposo, tan útiles al cuerpo entero del ejército como á los bávaros, el mariscal Oudinot, constantemente aguijoneado por Napoleon, creyóse en el caso de volver á tomar lo ofensiva contra el conde de Wittgenstein, y se trasladó hácia la izquierda de Polotsk sobre el Drisa, á Valeintsoui, algunas leguas mas abajo del vado de Sivotschina, donde tanto habia maltratado á los rusos algun tiempo antes. No hallándolos detrás del Drisa, cruzó este rio y dirigióse al Svoiana, detrás del cual estaban acampadas las tropas del conde de Wittgenstein. Mientras los franceses fueron reforzados por los bávaros, lo cual les hacia subir á cerca de treinta y dos á treinta y seis mil hombres, ocupándose la quinta parte de ellos en hacer forrages, se reforzaron tambien los rusos de una manera igual por lo menos. Recibido habian toda la guarnicion de Dunaburgo, y ademas algunos batallones de depósito que se mantenian de reserva cerca de los ejércitos de operaciones para reclutarlos. En totalidad podian subir á diez ó doce mil hombres de refuerzo, con los cuales pasaban de treinta mil los que el conde de Wittgenstein tenia bajo su mando. Pero, no careciendo de nada estas tropas, y habiendo hecho pocas marchas, se hallaban en mejor estado que las nuestras, aunque militarmente fueran muy inferiores. Conviene añadir que todas se componian de rusos, al par que en el cuerpo del mariscal Oudinot apenas eran la mitad franceses.

Calculando el mariscal Oudinot su cuerpo en treinta y dos ó treinta y tres mil hombres, y sabiendo que no podia poner mas de veinte y cinco mil en línea á causa de los forrages y de las enferme-

dades, contando poco con las tropas aliadas, no habia vuelto á tomar la ofensiva sino por sentir vivamente lo que en las reconvençiones de Napoleon habia de picante. Durante algunos dias permaneció á lo largo del Svoiana, delante del campo de los rusos, provocándoles con tropas ligeras, y procurando arrastrarles á una nueva falta como la que habian cometido junto al Drisa, en el vado de Sivotschina. Pero los rusos no contaban dejarse atrapar segunda vez en el lazo, y durante varios dias hubo tiroteo de una y otra parte, sin mas resultado que el de la pérdida inutilísima de algunos centenares de hombres sacrificados en estas emboscadas.

Sin embargo el mariscal Oudinot, que habia tomado una posicion avanzada á la izquierda de Polotsk y descendido el Drisa hasta Valeintsoui, temia no sin fundamento ser rebasado hacia su derecha, por el camino de Polotsk á Sebej, que estaba desguarnecido de tropas. De consiguiente repasó el Drisa, y fué á establecerse entre Lazowka y Bielce, delante de la vasta selva de Gumzeleva, que cubre á Polotsk. Debilitado de nuevo por las postreras marchas, exagerándose las fuerzas que se habian incorporado al conde de Wittgenstein, determinó aproximarse todavía mas á Polotsk, por el miedo de ser cortado de esta ciudad, y fué á situarse detrás del Polota. Este riachuelo, cubierto de molinos, de granjas, de construcciones de todas clases, cruza, al salir de la selva de Gumzeleva, praderas, campos cultivados, tuercos en torno de Polotsk, y desagua en el Dwina por mas abajo de esta ciudad. El mariscal Oudinot guardaba todos los pasos del Polota, y aun así tenia mas acá parte

de sus fuerzas, para estar en seguridad contra un cuerpo que, pasando el Polota por mas arriba, llegara á desembocar sobre sus espaldas por la selva de Gumzeleva, y atacara á Polotsk por el lado descubierta.

Establecido en esta posicion desde el dia 16 de agosto, convocó un consejo de guerra, á fin de examinar si convenia dar batalla, ó repasar el Polota y el Dwina, para ponerse al amparo de estos dos rios, vivir con mas holgura y limitarse á disputar bien el curso mucho mas ancho del Dwina. Asistiendo el general Saint-Cir á este consejo en calidad de gefe del ejército bávaro, sostuvo que era inútil dar batalla y debilitarse de este modo, si el enemigo no habia seguido al ejército francés, y no manifestaba trazas de retroceder ante él tampoco; pero que sí, por el contrario, hubiera marchado tras nuestras huellas, se necesitara atajarle de plano con una lucha vigorosa, y repeliéndole á distancia, probarle que la retirada no era por miedo, sino por eleccion voluntaria, y por deseo de ocupar una posicion de mas comodidades. Este dictámen muy prudente y muy militar estuvo á punto de concordar los animos, cuando el estampido del cañon puso fin á todos los debates, é hizo que cada cual corriera á las armas, para resistir á los rusos, que trataban de cruzar el Polota. Una division bávara y otra francesa, situadas delante de este riachuelo, recibieron vigorosamente á los rusos y los contuvieron junto á la orilla. Sobreviniendo la noche, no se pudo seguir este primer choque.

Siempre exagerándose el mariscal Oudinot las fuerzas de los rusos, y hallando ademas su posicion poco segura, aun no se habia fijado en la con-

ducta que debia seguir á otro dia, que era el 17 de agosto. Con efecto su posicion no era de las mejores: sí, para cubrirla, tenia á su frente el Polota, que por desgracia podia ser pasado hácia su derecha; tenia detrás el Dwina, de modo que peleaba con un riachuelo delante, y un rio candaloso á la espalda, sin tener sobre este mas puente que el de Polotsk, medio de retirada muy insuficiente en el caso de un descalabro. Como acontece á menudo en ocasiones semejantes, abrazó un partido medio, el de disputar fuertemente la posicion con una porcion de sus tropas, y llevar la otra porcion asi como sus parques y sus equipages sobre la izquierda del Dwina.

Por consecuencia de esta resolucion mandó defender enérgicamente las orillas del Polota, mientras el resto de su ejército cruzaba á Polotsk y el Dwina. Efectivamente la defensa fué muy vigorosa y no permitió á los rusos adelantar un solo paso. Pero el mariscal Oudinot fué gravemente herido, á lo cual le exponia con frecuencia su rara bravura; tambien lo fué el general Saint-Cir, aunque de una manera mas leve. Impidiendo al mariscal Oudinot su estado conservar el mando, lo tomó inmediatamente el general Saint-Cir ya herido. No se podia poner en manos mas hábiles la direccion de las operaciones.

A los principales oficiales del ejército convocó el general para entenderse con ellos sobre el modo de salir de una situacion que se habia complicado mucho. Juntando el vigor á la prudencia, hizo conocer los inconvenientes de una actitud puramente defensiva, y de una retirada mas acá del Dwina, demasiado evidentemente obligada: demostró el

peligro de ser atacados en breve, atormentados á las dos márgenes del Dwina, hasta el extremo de no poder salir á los forrages, y en prueba alegó los aprestos que á la sazón hacía el enemigo mas arriba de Polotsk para cruzarlo. En consecuencia propuso para el otro dia que, siguiendo la retirada aparente, se aprovechara el terreno cubierto en que se lidiaba, para repasar secretamente el Dwina y el Polota con la mayor parte de las tropas, acometer improvisamente á los rusos, hacerles sufrir, si era posible, un revés sangriento, y descansar despues al amparo de este triunfo detrás de Polotsk y del Dwina. Este dictámen tan juicioso al par que tan firme no suscitaba mas que una objecion, la del cansancio de los soldados con cuatro dias de marcha y tres de pelea, casi sin tiempo de tomar algun alimento, y llegados á un estado de debilidad fisica verdaderamente alarmente. Con todo, afirmando el general Saint-Cir que le bastarian cuatro horas, para dar á los rusos un choque vigoroso, se convino en descansar por la mañana, y en combatir á la tarde del dia siguiente. Así se separaron todos resueltos á dar esta nueva y última batalla.

Efectivamente á otro dia, el 18 de agosto, el general Saint-Cir ejecutó todas sus disposiciones segun las habia anunciado. Dejó sus parques y sus bagages á la orilla izquierda del Dwina, adonde el mariscal Oudinot los habia enviado; hasta los dirigió al camino de Oula, como si fuera á aproximarse al grande ejército remontandose sobre Witebsk; aprovechó este movimiento simulado para concentrar en torno de Polotsk la division de Verdier y los coraceros de Doumerc, y después á medio dia

hizo que sus tropas ropasaran de pronto sobre la derecha del Dwina, las condujo entre este rio y el Polota, y ordenó inmediatamente el ataque.

Como ocultas estaban las tropas francesas y bávaras en la cuenca del Polota, los bávaros á la derecha, las dos divisiones francesas de Legrand y de Verdier en el centro, y una mitad de la division suiza del general Merle á la izquierda con los coraceros de Doumerc. Otra mitad de la division de Merle estaba mas acá del Polota, para guardarnos contra las tropas enemigas, que hubieran podido cruzar este rio á nuestra extrema derecha, y desembocar del bosque de Gumzeleva sobre nuestra espalda.

Por su parte los rusos estaban alineados á otro lado del Polota, describiendo un semicírculo en torno de nuestra posicion, y situados muy cerca de nuestras avanzadas, á fin de caer sobre nosotros en el momento en que emprendiéramos la retirada, segun lo esperaban al ver el movimiento de nuestros parques sobre la izquierda del Dwina. A una señal dada, toda nuestra artilleria, tanto bávara como francesa, trasladada rápidamente hácia adelante en número de sesenta bocas de fuego, cubrió con sus proyectiles á los rusos sorprendidos y desconcertados. Efectivamente su caballeria no estaba montada, su infanteria solo en parte se hallaba en las filas, y hubo entre ellos un momento de turbacion grande antes de que cada cual ocupara su puesto. Nuestras divisiones se aprovecharon de ella, y marcharon, segun el orden en que se encontraban, en columnas de ataque, las dos divisiones bávaras de Deroy y de Wrede á la derecha, las divisiones francesas de Legrand y de Verdier

en el centro, la division de Merle á la izquierda, si bien no adelantándose esta mucho, á fin de atraer á Polotsk á la derecha de los rusos, lisonjeándose de envolverla despues de desbaratar su centro. Sorprendidos de pronto los rusos fueron arrollados en gran desorden, dejando las praderas y los pantanos, cubiertos de heridos que no podian recoger, y de cañones, que no se podian llevar. Sin embargo, despues de haberse replegado hasta su segunda linea, se detuvieron y mostraron mejor continente. Entonces se hizo viva y encarnizada la lucha. Despues de un fuerte fuego de fusileria, se atacaron á la bayoneta, y la refriega vino á ser general de allí á poco. Los bávaros, á semejanza de la mayor parte de nuestros aliados, desertando por los caminos y conduciéndose perfectamente en el fuego, se batieron con la mayor bizarría. Desgraciadamente el bravo y digno general Deroy, anciano de ochenta años, prez del ejército bávaro y uno de los oficiales mas respetables del siglo presente, pagó con la vida las ventajas alcanzadas por sus tropas. En el centro, la division de Legrand se llevó por delante cuanto se le opuso: digna compañera suya mostróse la division de Verdier, cuyo gefe fué herido. No obstante, habiendo flaqueado un momento la segunda brigada de esta division, en que se contaban muchos quintos, ante un ataque furioso de los rusos, el general Maison, que juntaba al mas rápido golpe de vista una rara energia de carácter, supo reparar con la primera brigada la falta de la segunda, y puso á los rusos en derrota. Apenas hacia dos horas que duraba el lance, y ya el enemigo rechazado sobre todos los puntos estaba obligado á cedernos el campo de bat-

talla, cubierto de sus muertos y de su artilleria.

Con todo en este momento una corta refriega estuvo á pique de privarnos de los frutos de la victoria. Habiendo conseguido deslizarse hácia nuestra izquierda un regimiento de dragones rusos por entre los senderos pantanosos del terreno y hácia enmedio de las divisiones de Verdier y de Merle, penetró en lo interior de nuestra linea muy adelante, y produjo un momento de turbacion. Allí se encontraba el general Saint-Cir, á quien su herida estorbaba mantenerse á caballo, y que asistia á la batalla en un pequeño carruage polaco. Derribado fué en aquella especie de barahunda y atropellado por los caballos. Le levantaron y no cesó de dar sus órdenes. Un puesto de la brigada de Merle, que guardaba las orillas del Polota, detuvo á los rusos á fusilazos. De flanco les cargaron los coraceros de Doumerc y acuchillaron á buena parte de ellos y pusieron término á esta extraña aventura.

No obstante, habia resultado algo de tiempo perdido y algo de confusion. La izquierda, compuesta especialmente de la division de Merle, habia cometido el yerro de adelantarse casi á la altura del centro y de empujar hácia atrás á la derecha de los rusos, que de otro modo se pudiera coger entre el Polota y el Dwina. A pesar de esta falta, producida por un exceso de buena voluntad, sobre todo el frente de los dos ejércitos estábamos completamente victoriosos, y el enemigo se hallaba rechazado sobre todos los puntos hasta el linde de la selva de Gumzeleva, desde donde habia desembocado sobre nosotros. Si aun pudiéramos contar una hora de dia, y si se hallaran menos fatigadas nuestras tropas, siguiéndole por la selva, lográramos

arrebatarle muchos prisioneros y artillería. Pero nuestros soldados, cayéndose de lasitud y de inanimación algunos, no se encontraban en estado de ir más lejos. Se hizo pues alto en el linde de la selva después de una brillante victoria, cuyos trofeos consistían en mil quinientos prisioneros, catorce piezas de artillería, una gran cantidad de arcas de municiones y tres mil hombres muertos al enemigo. Nuestra pérdida no llegaba á mil hombres. La principal ventaja de esta jornada estribaba en haber repelido lejos al conde de Wittgenstein, y quitándole la alicion á la ofensiva, á lo menos por algún tiempo, y poder descansar tranquilamente delante de Polotsk, y no temer ya que se nos arrebataran los forrageadores, por muy lejos que se adelantaran. El único sentimiento fué el universal, que la muerte del general Duroy produjo.

Esta victoria, conocida en Esmolensko el 19 de agosto, al día siguiente de la entrada en este punto, causó una viva satisfacción á Napoleon, y le hizo al fin justo respecto del general Saint-Cir, cuya rápida determinación nos había hecho volver á ganar junto al Dwina el prestigio de la victoria. Napoleon envióle el baston de mariscal del imperio, muy debido á sus talentos, que eran eminentes, si bien echados á perder por defectos de carácter. Al par le dirigió numerosos premios para las tropas francesas y bávaras, que se habían portado perfectamente, no quiso que entre ellas hubiese la menor diferencia y concedió dotaciones á las viudas y á los huérfanos de los oficiales bávaros lo mismo que á las viudas y á los huérfanos de los oficiales franceses. También dedicó particularísimos honores á la memoria del general Duroy: su pérdida y la del

general Gudin eran las mayores que el ejército había experimentado hasta entonces. ¡Mas ah, que en breve debía experimentarlas, sino mayores, de positivo mucho más numerosas! Afortunadamente la herida del mariscal Oudinot nada tenía de grave, aunque durante muchos meses le hubo de impedir el ejercicio del mando.

Estas dos victorias, de Gorodeczna y de Polotsk, obtenidas la una el 12 y la otra el 18 de agosto, afianzaban al parecer la seguridad de nuestros flancos, y nos permitían aventurarnos á mayor avance, si llegaba á lucir sobre el camino de Moscou la esperanza de un decisivo triunfo. Así lo juzgó Napoleon, y calculando que los austriacos y los sajones bastarian para contener é Tormazoff sobre su derecha, y que los franceses y los bávaros de Saint-Cir bastarian para para contener á Wittgenstein sobre su izquierda, sin contar al mariscal Maedonald dejado entre Polotsk y Riga, no halló en la situación de sus alas ninguna razon pare detenerse, dado caso de que en seguir adelante viera la probabilidad de terminar la guerra ó de comunicarla un gran brillo. Solo se podia entrever una eventualidad funesta, y era la del regreso probable del almirante Tchitchakoff, que iba á quedar desembarazado de resultas de la paz entre los rusos y los turcos. Pero el noveno cuerpo, el del duque de Bellune (mariscal Victor), cuidadosamente formado de antemano para todas estas eventualidades, situado por junio en Berlín, por julio en Tilsit, trasladándose á Wilna, iba á ofrecer un recurso precioso contra todos los accidentes imaginables. Para asentar bien Napoleon sus resoluciones definitivas, solo tenía, pues, que tomar en consideración lo que sucediera entre

el grande ejército reunido bajo su mano y el grande ejército ruso mandado por Barclai de Tolly, y que se hallaba en retirada sobre el camino de Moscou. De continuo tenia fijos los ojos sobre este punto, consultándose siempre acerca de si convendría permanecer en Esmolensko, para organizar allí la Polonia y preparar sus medios de invernage, á riesgo de todo lo que pensara Europa de una lentitud tan nueva, ó si convendría proseguir internándose en Rusia, para descargar antes del fin de la estacion un golpe decisivo, al cual no pudiera resistir el carácter movable del emperador Alejandro. Los informes de sus dos generales de vanguardia debían hacer que se inclinara á uno ú á otro lado la balanza, oscilante á la sazón en sus manos.

Con efecto, Murat y Davout, el uno con su caballería y el otro con su infantería, seguían las huellas del ejército ruso que se retiraba por el camino de Moscou. Tomado habían á Solowievo despues de algunos combates de retaguardia, y dejando á otros el cuidado de conservar este puesto, corrieron sobre Dorogobouga, último punto en que el camino de Moscou encuentra las sinuosidades del Dnieper. Al modo que sus caractéres, se diferenciaban las relaciones de estos dos caudillos. La brillante, pero inconsiderada bravura de Murat, prodigando su caballería en los reconocimientos, si bien lanzándola en el combate sobre el enemigo con oportunidad maravillosa, y no sabiendo por desgracia cuidarla de modo que durase, era antipática á la sólida y fria razón del mariscal Davout, que no gastaba inútilmente ni la vida, ni las fuerzas de sus soldados, y avanzaba menos de prisa que los otros, bien que en cambio no retrocedía nunca. Cuando,

comprometido Murat temerariamente, pedía la infantería del mariscal, éste la llevaba sin demora, y sacaba de apuros al brillante rey de Nápoles, sin querer á pesar de todo fiarle jamás soldados, de cuya vida se mostraba avaro. Solo hacia unos pocos dias que marchaban juntos, y ya se habían suscitado entre ellos vivos altercados, en los cuales la vivacidad del coronado jefe de nuestra caballería vino á estrellarse en el tesón del jefe de nuestra infantería. Así en sus comunicaciones al emperador se contradecían continuamente.

El enemigo, mandado por el general Barclai de Tolly, se retiraba con órden y firmeza, llevando á su retaguardia una porción no grande de tropa, si bien suficiente y selecta, de infantes ligeros, de ginetes y de artillería. Retrogradaba por escalones ocupando toda posición donde podia contener á nuestros caballos con cañones y tiradores, y defendiéndola de este modo hasta que llegaba nuestra infantería. Solo entonces emprendía presurosamente la marcha, se replegaba detrás de otros escalones bien apostados asimismo, y finalmente, no soltaba su caballería sino en lugares descubiertos, cuando veía probabilidad de rechazar la nuestra. Nada anunciaba en semejante conducta ni turbación ni desaliento, y por el contrario todo revelaba una resistencia, que debía crecer sucesivamente, hasta llegar á una batalla general cuando el enemigo juzgase oportuno presentarla. No observando Murat mas que superficialmente lo que pasaba ante sus ojos, no teniendo en cuenta mas que el sucesivo abandono de las posiciones ocupadas por el contrario, pretendía que estaban desmoralizados los rusos y que, tan luego como se les pudiera dar alcance, no había



mas que acometerlos para destrozarnos, por lo cual solo con andar prestamente, se hallaria en el camino la ocasion de un hermoso triunfo. Lo contrario sostenia el mariscal Davout muy de lleno, y afirmaba que nunca habia visto una retirada mejor dirigida, y en que fuera mas dificil vencer á fuerza de galopar detras de las huellas del enemigo. Su dictamen era que sin consumirse en correr detras de los rusos, á los cuales no se lograria dar alcance, se les hallaria pronto en una posicion escogida por ellos, donde se defenderian á muerte, y ante la cual se necesitaria llegar con fuerzas prudentemente conducidas, si se queria dar batalla. Próxima la creia de consiguiente y sangrienta y una de las mas terribles del siglo. En tal sentido escribia á Napoleon mas de una vez al dia, y contradecia por tanto lo que Murat le comunicaba. A vueltas de todo, estos dos gefes de vanguardia estaban concordes en un punto, el de que pronto se hallaria en el camino una batalla, fácil segun el uno, difícil segun el otro, segura en sentir de ambos.

Al acercarse á Dorogobouga se descubrió á los rusos alineados en batalla detras de un riachuelo, llamado el Ouja, que, despues de cruzar terrenos mas ó menos quebrados, iba á desaguar hácia nuestra izquierda en el Dnieper, junto á un lugar que tiene Ouswiat por nombre. En su actitud, en su número, en su vasto despliegue daban á entender que se disponian á una campal batalla. No era obstáculo de importancia el riachuelo, que habia que atravesar para atacarlos, pero sus orillas eran fangosas y de difícil acceso. Con todo, remontándolo hácia nuestra derecha, se tenia la esperanza de coger la vuelta á los rusos, y si por aquel lado se

operaba con fuerzas bastantes, era verosímil que se llegara á repelerlos hácia el ángulo que con el Dnieper forma el Ouja. De consiguiente en este sitio habia la probabilidad de un grande y decisivo encuentro, y Davout y Murat se lo comunicaron á Napoleon de seguida, hallándose esta sola vez del mismo parecer en sus partes. El ejército polaco, que marchaba á dos leguas sobre nuestra derecha, fué á tomar posicion hácia el nacimiento del Ouja, punto por el cual se esperaba coger la vuelta al enemigo. Nuestra vanguardia, puesta en marcha el 20 de agosto, comunicó esta noticia á Napoleon el 23 por la noche.

Lo que esta vanguardia creyó descubrir era la verdad exacta. Despues de haber sobrellevado valerosamente los injuriosos ducharachos de que era objeto, el juicioso é intrépido Barclai de Tolly sentia desvanecerse su firmeza, sobre todo desde la retirada de Esmolensko, que le habia sido forzoso prescribir á pesar de todos los generales rusos, y particularmente contra el gusto del príncipe Bagration. Universal era el desencadenamiento en su contra. Tanto los generales como los hombres políticos necesitan de valor civico para saber despreciar las vanas habladurias de la soldadesca, que frecuentemente ha perdido ejércitos ni mas ni menos que la muchedumbre ha perdido los estados libres, cuando se le ha escuchado. Para nosotros los franceses nada podia ser mas venturoso que dar batalla cerca de Esmolensko: para los rusos nada podia sobrevenir mas infausto. Pero los gefes del ejército, acogiendo las quejas de sus soldados y sobre todo las de la nacion, cuyas ciudades y aldeas se entregaban á las llamas, decian que se iban

defendiendo con ruinas, con ruinas rusas, y que mas noble y menos perjudicial era defenderse con sangre. Tanto era el acaloramiento de los ánimos que se preguntaban con fundamento, si, á pesar del peligro de presentar una batalla á los franceses tan cerca de los recursos propios, no lo habia mayor en dejar que la desmoralizacion se propagara entre las tropas y por mas tiempo se suministrara pretexto á aquel desprecio de los gefes, que empezaba á engendrar la mas horrorosa indisciplina. Este motivo hizo que Barclai de Tolly se decidiera y abandonara el proyecto de retirada á lo interior por el de una batalla encarnizada y dada inmediatamente. En su consecuencia envió al cuartel-maestre general, coronel Toll, á elegir un campo de batalla, y este adoptó la posicion que se habia ofrecido detrás del Ouja y delante de Dorogobouga. Llegado allí Barclai de Tolly el 22, cambió el puesto que ocupaba el segundo ejército á las órdenes del príncipe Bagration, y le estableció á su izquierda, en el punto mismo en que podriamos rebasar la línea de los rusos. Efectivamente, todo el día 23 se aplicó á estudiar el terreno, á asentarse allí con solidez y á hacer sus preparativos de pelea. Aunque apreciando Murat y Davout diversamente el estado moral del enemigo, no se engañaban pues al escribir á Napoleon que los rusos estaban prontos á dar batalla, y que si habia disposicion de admitirla, se necesitaba acudir en masa para pelear con todas las fuerzas.

Napoleon recibió esta noticia algunas horas despues de despachada, pues si necesitaron tres dias las tropas de vanguardia para cruzar aquel espacio, con diez ó doce horas tenia bastante un

correo. Al recibirla decidió Napoleon dejar á Esmolensko, para correr al lance decisivo, brillante, que creia serle preciso para mantenerse en la posicion en que se habia colocado. Solo el hecho de moverse con todas sus fuerzas para ir á algunas jornadas de Esmolensko, zanjaba la mitad de la cuestion que le preocupaba actualmente, pero la zanjaba sin que se apercibiera de ello, porque las razones de ir á buscar esta batalla tan deseada, aun á costa de algunas marchas, eran tan fuertes que no cabian vacilaciones. No titubeó pues en partir el 24 con la Guardia, sin resolver tampoco aun de una manera irrevocable la cuestion reducida á saber si ivernaría en Polonia ó marcharía á Moscou. No por eso dejó de tomar sus providencias como para una partida definitiva, porque, sin estar enteramente determinado recelaba que podria ser arrastrado mas lejos, y porque no queria dar un paso adelante sin haber tomado precauciones dignas de su prevision á sus espaldas.

Habiendo despachado á su Guardia la mañana misma del 24, y prevenido á Ney, que seguía á Davout, estrecharse sobre la cabeza del ejército, y al príncipe Eugenio, que habia marchado por Doukhowtchina, dirigirse sobre Dorogobouga, partió en persona por la noche, y anduvo toda ella para llegar á la salida del sol el 25, y dar quizá la batalla, objeto de sus mas ardientes deseos.

Pero al llegar á tal hora encontró casi disipadas, al menos por entonces, las apariencias de batalla, entrevistas al principio con tanto alborozo. Efectivamente, despues de un primer exámen de la posicion, el príncipe Bagration, que ocupaba la parte de difícil defensa, pues cabalmente se halla-